

≡ TRÁGICA ≡



Gaspar dejó el libro sobre un sillón. De un viejo reloj vecino, trajo el viento, apagado, el eco de una hora: las once. Se incorporó en la butaca y removió los carbones que ardían en la chimenea. Luego, volvió á tomar el volúmen—**EL PLACER de D'Annunzio**—y siguió leyendo, moviéndose nervioso al volver cada hoja. Algunas veces, cerrado el libro, caídos los párpados, pensaba.

Miró por el balcón. Los tejados vecinos albeaban; en las piedras de la calle iba quedando presa la nieve, y las luces del gas oscilaban dentro de los faroles, al impulso de un vienteillo helado y sutil, que llegaba á los huesos. La nieve caía pausada en su lento vals monorrítmico. El termómetro del balcón, marcaba dos grados bajo cero.

Gaspar cerró con rabia. Llamó en el timbre y le pidió al criado el gabán y el paraguas. Salió. Caminaba lento, calle de Ciruela abajo. La nieve caía, caía. En el paseo del Pilar, la antigua fuente, medio desmoronada por las injurias del tiempo, era una extraña, informe masa blanca. Al pisar, sonaban los zapatos en la blandura resbaladiza del piso. Iba bien envuelto en su gabán de pieles, subido el cuello, tapándose casi toda la cabeza; solamente veíanse sus ojos brillantes, serenos y enigmáticos, en los que brillaba un punto fosfórico. Tomó calle del Jaspe arriba.



En la mesa, las botellas vacías estaban caídas unas sobre otras.

—Trae más Manzanilla.

Y la mujer que estaba junto á él, dio una voz y la pidió.

Llevaron las copas que fueron apuradas pronto. Gaspar mandó:

—Más Manzanilla.

Otra botella vacía. Y como si tuviera sed, insaciable del licor:

—Más... más.

Y sobre la mesa fueron las botellas haciendo larga fila.

Gaspar estaba tumbado en una vieja butaca de mimbres; deshecha la corbata, abrió el cuello almidonado, el pelo, caído sobre los ojos cerrados y bajo éstos, unas ojeras profundas, moradas y negruzcas sobre la mancha alargada, de la cara flaca y lívida. Las manos, larguísimas y huesosas, de uñas afiladas, estaban apretadas en una contracción nerviosa.



Llegóse hasta él la mujer y le acarició mimosa, besándolo, en los ojos, en la frente, en los labios.

Le ayudó á levantarse de la butaca.

—Vamos hombre, anda.

Y él, reclinada la cabeza sobre el hombro medio desnudo de ella, fuerte y rosado, apoyándose en su brazo, trabajosamente, rastreando los pies, pero sin resistencia, se dejó llevar.

Llegaron á una habitación. Un penetrante olor á varias esencias—él olor *suigeneris* de